

«Cercano ya el Tercer Milenio»

La esperanza de Juan Pablo II para la humanidad

Hace tres años Juan Pablo II escribió una carta apostólica titulada *Tertio Millennio Adveniente* en preparación para el año 2000, año del Gran Jubileo. Ahora que comenzamos la preparación para el jubileo presentamos algunos puntos de la carta, que debemos tener muy presentes desde nuestra realidad salvadoreña.

Y digamos antes de empezar que esta carta de Juan Pablo II, como la Palabra de Dios que se hizo carne y puso sus tienda de campaña entre nosotros, se encarna en los problemas, en las angustias y en las esperanzas de nuestro tiempo. Se dirige a los cristianos, pero ojalá también la tengan en cuenta gobernantes y políticos. La fe en Jesucristo, en efecto, se mezcla con toda naturalidad con el perdón de la deuda externa y el recuerdo de los mártires con las críticas al neoliberalismo.

La esperanza: el amor de Dios

El Papa no es ingenuo. Presenta un balance de este siglo que no es nada halagüeño, sino trágico: las grandes



guerras, los sistemas económicos enfrentados, el orden y desorden internacional. Y tras la caída del muro de Berlín, en 1989, que parecía ser la solución para muchos problemas, han vuelto a surgir nuevos peligros y amenazas mundiales, de manera especial los conflictos nacionalistas. Y ese nuevo orden mundial fomenta, además,

la indiferencia religiosa, la ausencia de Dios y el relativismo ético,

Pero el Papa tiene esperanza. Frente al actual intento de mundialización Juan Pablo II recuerda el plan de salvación de Dios para toda su creación. Nos presenta a un Dios que sí se preocupa de los seres humanos, comprometido con su creación y que nos salva a costa de su propio sacrificio. Y aquí aparece una idea, importante para nosotros en El Salvador: el amor y la entrega de Cristo «ajusticiado por obra del procurador Poncio Pilato bajo el imperio de Tiberio» (n. 5), cruz que aparece asociada a las persecuciones y a los mártires de toda la historia de la Iglesia. Juan Pablo II, al hablar de la realidad de nuestro mundo, nos pide que no olvidemos a nuestros mártires.

El gran jubileo del año 2.000: perdón de la deuda

En este contexto el Papa anima a la utopía: el año 2.000 debe ser «el gran Jubileo», tiempo de gran alegría por ser el Año de Gracia del Señor, y recuerda qué era el jubileo en Israel. Cada 50 años se condonaban las deudas y se liberaba a los esclavos, se devolvía la igualdad a los hijos de Israel y se realizaba el destino universal de todos los bienes: igualdad jurídica e igualdad económica, que Juan Pablo II afirma ser la inspiración de la enseñanza social de la Iglesia.

Desde este precepto bíblico el Papa da un salto a nuestro fin de milenio y lo propone como el tiempo oportuno para una notable reducción o condonación de la deuda internacional que pesa gravemente sobre muchas naciones (n. 51).

La honradez de pedir perdón

Muchas cosas hay que hacer para prepararnos al jubileo como Dios manda -textos, celebraciones, liturgias-, pero hay que comenzar con lo más importante: la honradez. Por eso, la Iglesia debe prepararse al gran jubileo pidiendo perdón por sus pecados históricos,

antitestimonios y escándalos. En el mundo eclesial y religioso, estos pecados han desgarrado la unidad de los cristianos, y la intolerancia religiosa llegó a utilizar medios violentos en la defensa de la fe, cuando la verdad debe defenderse con los argumentos de la verdad. Pues bien, la Iglesia debe asumir su responsabilidad en la indiferencia religiosa, en la ausencia de Dios, en el secularismo y en el relativismo ético.

Y también debe asumirla en la sociedad. El Papa pide a todos los miembros de la Iglesia entrar en un proceso de autocrítica «sobre las responsabilidades de los cristianos también en relación a los males de nuestro tiempo». El n. 36 ofrece varias preguntas para el examen de conciencia, entre las cuales mencionamos dos de ellas. «¿Cómo no sentir dolor por la falta de discernimiento, que a veces llega a ser aprobación, de no pocos cristianos frente a la violación de fundamentales derechos humanos por parte de regímenes totalitarios? ¿Y no es acaso de lamentar, entre las sombras del presente, la corresponsabilidad de tantos cristianos en graves formas de injusticia y marginación social?».

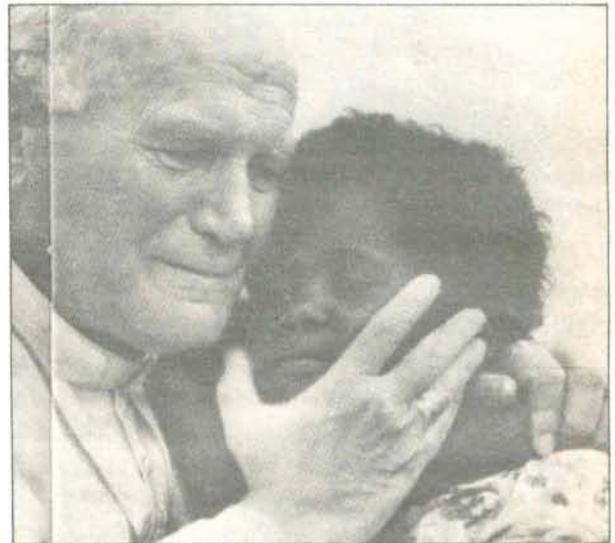
Todo esto se aplica también y muy directamente al neoliberalismo imperante a nivel mundial. Su filosofía no encaja con la enseñanza social de la Iglesia y su praxis es un ateísmo secularizante. Los sínodos continentales han ido señalando las exigencias de nuestro mundo, y en relación al continente americano, la carta llama la atención a «la propuesta de un Sínodo panamericano sobre la problemática de la nueva evangelización en las dos partes del mismo continente, tan diversas entre sí por su origen y su historia, y sobre la cuestión de la justicia y de las relaciones económicas internacionales, considerando la enorme desigualdad entre el Norte y el Sur» (n. 38).

Ecumenismo para promover la vida

Frente a un proceso de mundialización, caracterizado por la indiferencia religiosa, la ausencia de Dios, el secularismo y el relativismo ético, en la carta se apoya la promoción del ecumenismo, el fortalecimiento del diálogo y el acercamiento pastoral a las hermanas religiones históricas y a las confesiones testas, trascendiendo los conflictos del pasado, que rasgaron la unidad de la Iglesia y de la humanidad.

Pero este ecumenismo es necesario no sólo religiosa, sino humanamente. Hay que afrontar la «crisis de civilización que se ha ido manifestando sobre todo en el Occidente tecnológicamente más desarrollado, pero in-

teriormente empobrecido por el olvido y la marginación de Dios» (n. 52). Si en su encíclica de 1991, con ocasión del centenario de la *Rerum Novarum*, Juan Pablo II hablaba del ateísmo y de la persecución religiosa de los regímenes del Este europeo, en la presente carta lamenta el ateísmo del Occidente tecnológicamente desarrollado, en su doble vertiente de la marginación de Dios (n. 52) y de las intolerables desigualdades sociales y económicas (n. 51). Tampoco para Juan Pablo II el neoliberalismo es «el fin de la historia». «A la crisis de civilización hay que



responder con la civilización del amor, fundada sobre los valores universales de la paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización» (n. 52).

Jesucristo y la opción por los pobres

El Vaticano II, y Medellín para nosotros, marcaron el camino para la sensibilización y compromiso de nuestra fe, pero se necesita una preparación más inmediata. Para ello Juan Pablo II propone que en 1997 profundicemos en Jesucristo, «único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre». En 1998, en el Espíritu vivificador, que unifica con sus carismas el cuerpo de la Iglesia. Y en 1999, en la presencia de Dios Padre, del Dios que es amor y que nos hace a todos hermanos.

El recuerdo de Jesús le lleva por necesidad a los pobres. «Recordando que Jesús vino a «evangelizar a los pobres» (Mt 11, 5; Lc 7, 22), ¿cómo no subrayar más



decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y marginados? Se debe decir ante todo que el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la prepara-

ración y de la celebración del Jubileo» (n. 51). Estas palabras siguen siendo de suma actualidad.

El plan de salvación de Dios, al ser universal, exige una opción preferencial por lo más universal, es decir, por los pobres y marginados. Sería una especie de contradicción constitucional de la Iglesia «católica» presentarse como Iglesia de y para minorías privilegiadas. La opción preferencial nos lleva a un compromiso mayor. Usando una expresión bien conocida entre nosotros, dice el Papa: «Así, en el espíritu del Libro del Levítico (25, 8-28), los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo, proponiendo el jubileo como un tiempo oportuno para pensar, entre otras cosas, en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional, que grava sobre el destino de muchas naciones» (n. 51).

Estas son tareas para estos tres años en las que se decidirá si nuestra religión, nuestra pastoral, nuestra teología, nuestras ciencias sociales, las vivimos o no «en espíritu y en verdad».

El testimonio de los mártires de hoy

El gran testimonio de una Iglesia en espíritu y en verdad es siempre «la sangre de los mártires, semilla de cristianos». Si la Iglesia del primer milenio así nació y se propagó (Tertuliano), «al término del segundo milenio la iglesia ha vuelto de nuevo a ser iglesia de mártires». Digamos que el Papa bendice los recientes números de

Carta a las Iglesias: «No los olvidamos». Y Juan Pablo II agrega: «Es un testimonio que no hay que olvidar... En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, *quasi «militi ignoti»* (soldados desconocidos) de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios. Como se ha sugerido en el Consistorio, es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria» (n. 37). El Papa pide, pues, que se actualice el martirologio de toda la Iglesia, porque esto manifiesta la vitalidad de las Iglesias locales. Y en eso, bien le podemos ayudar desde El Salvador.

Bajo la protección de la «humilde muchacha de Nazaret»

Juan Pablo II, que además de Papa es polaco y, por ello, devoto de la Virgen, en consonancia con una devoción arraigada en América Latina, termina recordando a la virgen del *Magnificat* en el advenimiento del Dios Padre, Hijo y Espíritu a nuestro mundo de hoy. En María se realiza el mejor ejemplo de «género teológico», el gran papel de la mujer en el plan de salvación de Dios. Esperamos que el cardenal Ratzinger no vaya a amonestar al Papa por presentarnos una Trinidad con cuatro personas.

Y esperamos que este breve recuento de algunos temas, reflexiones y aplicaciones que Juan Pablo II hace en su carta apostólica, salpicada de ricas citas bíblicas, pueda alimentar las reuniones litúrgicas y pastorales de las comunidades locales, dedicadas a predicar la buena noticia del año de gracia del Señor. ♦

Fco. Javier Ibisate S.J.

